

delidad conyugal, hacia un esposo que hasta entonces no le había merecido, y por ser utilizado como medio de forzar la entrega de documentos comprometedores. Me refiero a la triste y enamorada esposa de Antonio Pérez, la fidelísima doña Juana de Coello y Vozmediano, que el mismo día de ser llevado a Pinto su marido es retenida en su propia casa madrileña bajo rígida vigilancia.

Cuando Antonio Pérez, de regreso de Pinto, se halla detenido en las casas Cisneros, consigue doña Juana una habilísima evasión del esposo un 18 de abril de 1590. Mientras él galopa hacia tierras aragonesas, ella, en unión de sus hijos, y embarazada, es encarcelada en la Cárcel de Corte. El P. Sepúlveda dice que el Consejo Real pronunció sentencia por la que fué condenada «a cárcel perpetua, con sus dos hijos, y les mandaron a la fortaleza de Pinto y allí estuvieron algunos años». Estos algunos años fueron nueve y en ellos conoció la prisionera toda clase de sinsabores y desgracias, desde el dar a luz una niña, que no se logra, hasta los íntimos pensamientos de saber que aquellos mismos suelos han sido hollados por los pies de la de Eboii y Antonio Pérez. Pero los celos tienen que estar ya apagados. La primera, enferma, muere en Pastrana en febrero de 1592, y el segundo es para su esposa como un héroe, por encima de amoríos terrenales. Los mejores momentos de doña Juana son aquellos en que hace finas labores para enviar al desterrado, como ayuda económica, y en que recibe sus noticias o le escribe, alentándole en la esperanza de la rehabilitación.

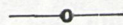
Muerto Felipe II se logra la libertad, por mediación del Marqués de Denia, futuro Duque de Lerma. Doña Juana sale del castillo de Pinto el 1.º de abril de 1599, y los hijos, cuatro meses más tarde, en agosto. Este retraso absurdo dió lugar a una escena trágica de despedida, pues los hijos creían era sacada la madre con fines perversos.

Desde entonces el viejo Torreón no ha sido protagonista de otros sucesos históricos de trascendencia, aunque

siguió, por muchos años, sirviendo de prisión propiciatoria. Así, en el reinado de Felipe IV se cumplió la fama de cárcel eterna, en la que «generalmente se llevaba a las personas que no volverán a salir» (carta de Contarini, Proceso Inquis. Antonio Pérez. A. H. N.), en la del Duque de Nochera o Noserá. Este protagonista de la dudosa batalla de Nordlingen fué encarcelado en el castillo de Pinto, en él sufrió tormento y en él murió.

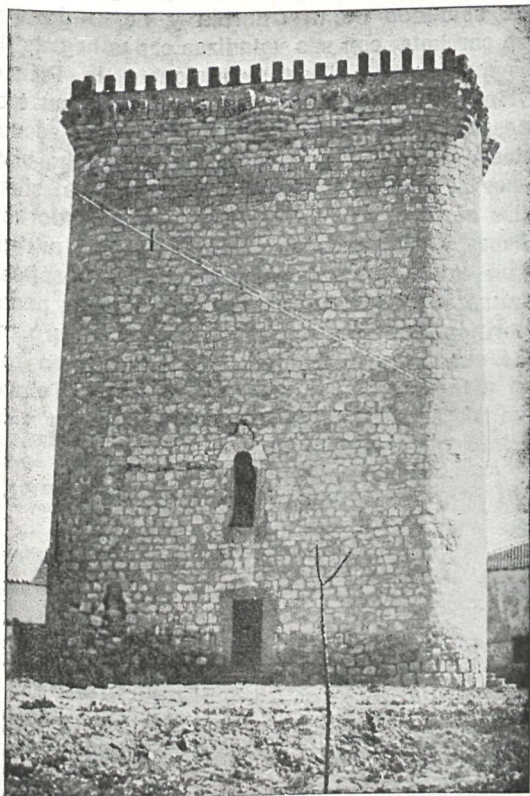
Basta con lo expuesto para que el Torreón merezca ser visitado, con el aliciente, además, de que no vamos a hallarnos ante una ruina sin vida, pues su interior, hasta hace pocos años vacío, medio hundido y destinado a simple palomar, ha sido rescatado para la historia y patrimonio artístico español, por la actual dueña, la Duquesa de Pastrana, descendiente de la Princesa de Eboii.

Y demostrado que es digno de visitarse, vamos a hacerlo.



Dejando a nuestra izquierda, a unos 20 kilómetros de Madrid, la carretera de Aranjuez, nos adentramos en el pueblo de Pinto, tras ligero y corto repecho. Poco más allá del Convento de monjas capuchinas, que carece de valor artístico externo e interno, pero que forma en su conjunto un típico rincón castellano, se ve surgir el Torreón tras unas vulgares tapias de huerta, tan faltosa de arbolado y hortalizas como sobrante de hilos telegráficos o eléctricos. Franqueada la verja, el Torreón se nos ofrece de pies a cabeza, limpio de añadidos por sus cuatro costados.

Es de piedra bastante buena y no de ladrillo, como elairoso de Arroyomolinos, ni de pobre canto rodado como el de Villarejo de Salvanés. Está muy bien conservado y aún respira robustez. Tendrá unos 30 metros de altura, de forma ligeramente rectangular, con las esquinas romas



*El Torreón se nos ofrece ahora de pies a cabeza, limpio de añadidos por sus cuatro costados. Alrededor de la parte superior quedan los graciosos arranques de ocho gavetas o torrecillas, con sus matacanes, que dan sabor feudal. Y otra vez, y desde un nuevo ángulo, volvemos a traer el recuerdo del Convento de las monjas Capuchinas.—(Fotos Quintano Ripollés).*

y abiertos huecos de más modernas ventanas cuadradas, aunque una de ellas, medio cegada, deja ver la huella de su original arco apuntado y otra ofrece un pequeño escudo borroso. Alrededor de la parte superior quedan los graciosos arranques de ocho garitas o torrecillas, con sus matacanes, que dan sabor feudal al Torreón. Las pobres almenas de ladrillo se ve han sido colocadas modernamente. Su interior guarda tres plantas o pisos, cada uno de ellos correspondiendo a una habitación que ocupa la superficie toda del torreón.

En sus años de fortaleza, al igual que en otras de su clase, tenía la entrada por un portillo, colocado unos escalones más bajo que el piso principal, al que se subía por una estrecha escalera exterior de piedra pegada al muro. Hoy no existen ni vestigios de tal escalera, aunque sí del portillo, penetrándose en el Torreón por la planta baja y a través de una habilitada puertecita que no ofrece especial interés.

Ya estamos en la planta baja. Sin lujo, que sería además innecesario y hasta extravagante en este lugar, se ha sabido hallar, dentro de la sencillez de un severo mobiliario Renacimiento español y algún detalle de decoración original, el carácter más idóneo a lo que fué el Torreón en sus mejores días, aunque acentuado más, por razones obvias, su lado de mansión que el de fortaleza feudal o prisión de Estado. Todo el piso viene a ser como un gran hall. Una mesa rectangular en el centro, con su castizo brasero claveteado; otra mesa más pequeña adosada al muro izquierdo, unos bancos y sencillos arcones, todo ello del mismo estilo, constituyen el sobrio mobiliario. En las paredes, tres grandes cuadros, de poco mérito pictórico, pero altamente decorativos, representan a Carlos I, Felipe III y Felipe IV, de cuerpo entero. Se echa de menos un Felipe II.

Una escalera de madera, adosada al muro, nos conduce al piso siguiente. Es éste el principal del Torreón y aquel en que se alojaron los prisioneros distinguidos. Su aspecto es de sala comedor, francamente acogedor y sin recordar lo carcelario, aunque otra cosa parecería a la Princesa de Eboli, acostumbrada a los amplios salones de su palacio madrileño y a su libertad de movimiento. En el techo, una gran lámpara votiva de cobre, con bráculos de velitas aplicados a modo de original araña. Sobre el suelo, una sencilla mesa camilla, sillones trailunos, arquetas y bargueños. Uno de ellos, de esmerada confección, deja ver en un cajón el «Antonio Pérez», de Marañón. Unos pergaminos sueltos están colocados sobre algún mueble, como si acabaran de ser dejados allí por su lectora en el año 1579. Contra el muro de la izquierda, un armario gótico hace oficio de «aparador». En las paredes, dos cuadros: el uno, de la escuela italiana, parece representar la construcción del Templo; el otro es un retrato de Cardenal, de cuerpo entero. Si en el piso bajo se echa de menos junto a los retratos de los otros Monarcas, uno de Felipe II, aquí la vista busca los de la Princesa de Eboli y

Antonio Pérez, aunque sea en modestos grabados o reproducciones.

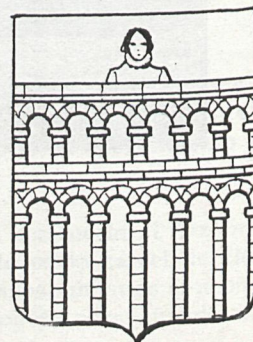
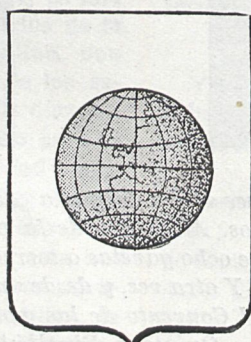
Una trabajada puertecita barroca, de maderas sobredecoradas, deja al descubierto, al abrirse, una especie de portillo ventana. Según la guardesa, es por donde intentó un día escapar doña Ana de Mendoza; pero más bien sería por donde entrase, haciendo entonces de portillo de acceso al Torreón, con su escalerilla de piedra exterior, a que ya nos hemos referido.

La sala comedor tiene, a su derecha, un pequeño y coquetón saliente, que hace de agradable rincón en el que hay sitio para una chimenea, adornada en su campana con una cabeza de angelote y en su repisa con unos candelabros, para un silloncito colocado ante una vieja ventana por la que día tras día mirarían los ilustres prisioneros, y para un cuadro de ambiente pastoril.

Salimos de nuevo a la escalera, que ahora es de caracol y de piedra, y seguimos ascendiendo por ella. Pasamos de largo la tercera planta, que sigue dedicada a enorme alojamiento de palomas, y llegamos a asomarnos al aire libre, al techo del Torreón.

La sensación es de hallarnos en una corriente terraza, impresión que no borran las almenas pastische. Necesitamos hacer un esfuerzo mental para sentirnos sobre un torreón de verdad. Desde él fíjamos, como modernos Diablo Cojuelo, las casas de todo el pueblo, con sus tejados de decolorada teja árabe, y sus calles, que se dibujan entre aquéllas como hendiduras o tajos en zig-zag. Aquí cerca el Convento de monjas y allá lejos la grande Iglesia Parroquial. Más allá de los edificios y en todo lo que abarca la vista, la gran planicie, con la cinta blanquísima de la carretera general alquitranada y las simplemente blancas de otros más modestos caminos polvorientos. Por uno de ellos o muy parecido, quien en este mismo techo se hallare una mañana de julio de 1579, contemplaría la llegada, procedente de Madrid, de una grande y pesadota carroza, tristonía y tambaleante sobre sus fuertes ruedas, cerrada a miradas curiosas y seguida de una escolta de soldados de la Guardia y de algún que otro protervo corchete, con sus voladizas capas negras de murciélagos justicieros. Llegaba prisionera la Princesa de Eboli. Hoy han pasado trescientos setenta y cuatro años, y yo, desde el mismo sitio, por mucho que he escudriñado a lo lejos y dejado volar la imaginación, no he visto sino correr por la carretera, sin polvo, los rápidos, silenciosos y muelles automóviles, las alegres y alborotadoras motos y las flacas y titubeantes bicicletas. Lo más antiguo que vi fué un carro tirado por mulas y una filosófica burra aguantando su carga con paso cansino. Todos pasaron de largo perdiéndose en el horizonte y estoy seguro que ninguno de sus ocupantes se molestó siquiera en torcer el «cuello» a la derecha para mirar hacia este Torreón. Lo más que, de seguro, se les ocurrió, fué decir: «Estamos entre Pinto y Valdemoro».

Alfonso QUINTANO RIPOLLES





# NOTAS HISTORICAS



## La provincia de Madrid en la época prerromana

Fuentes históricas y poéticas.—Los primeros habitantes de tierras madrileñas.—La cultura prehistórica.—Los primeros poblados madrileños.—Los cartagineses hacen acto de presencia

Nada hay que entusiasme tanto al hombre como el contemplar sus propias obras. La Naturaleza puede ser admirada y hasta asombrarnos por su inmensidad, pero nunca, en general, el Fujiyama o el Jungfrau nos impresionarán y tendrán tantos admiradores como unas Pirámides, un Empire of State o un Botticelli. Y es que lo artificioso, en su zig-zag hacia lo real (el arte desde Altamira a nuestros días) tiene para el hombre un encanto superior a la propia realidad. De ahí el atractivo de lo novelesco —capricho de la imaginación— sobre lo histórico —capricho de la vida—.

Toda ciudad con orgullo de antigua ha tenido un poeta, conocido o anónimo, encargado de hacer su genealogía y explicar lo que el virtuoso historiador no ha podido descifrar. Troya, Atenas, Roma, París, Londres tienen su origen poético al lado del que quieren darle sus sesudos historiadores, y mucho más atractivo será aquél que éste, ya que nunca podrá luchar un Duruy con un Homero, un documento notarial de Arlanza con un romance juglaresco. ¡Cuánto daría Nueva York por tener su Gog y Magog o su Rómulo y Remo!

En nuestra provincia no podía fallar la regla, y los legendarios fugitivos de Troya han sido también para alguna de sus villas, como para tantas otras españolas, los que han servido de fuente de inspiración al poeta. No se contentaron, por lo visto, estos magníficos arquitectos universales, turistas forzosos de exportación, con arribar en sus trirremes al pastoril Latio y al pantanoso Támesis, sino que se aventuraron por el corazón de la lejana Iberia, en su afán insaciable de construir ciudades.

Cuando Felipe II, el gran matemático-geómetra de la política, quiere, como buen burócrata, conocer topográficamente los pueblos de España, y en 1570 da órdenes y lanza

circulares para que se le haga una relación de los mismos (1), sus mandatarios no se ol-

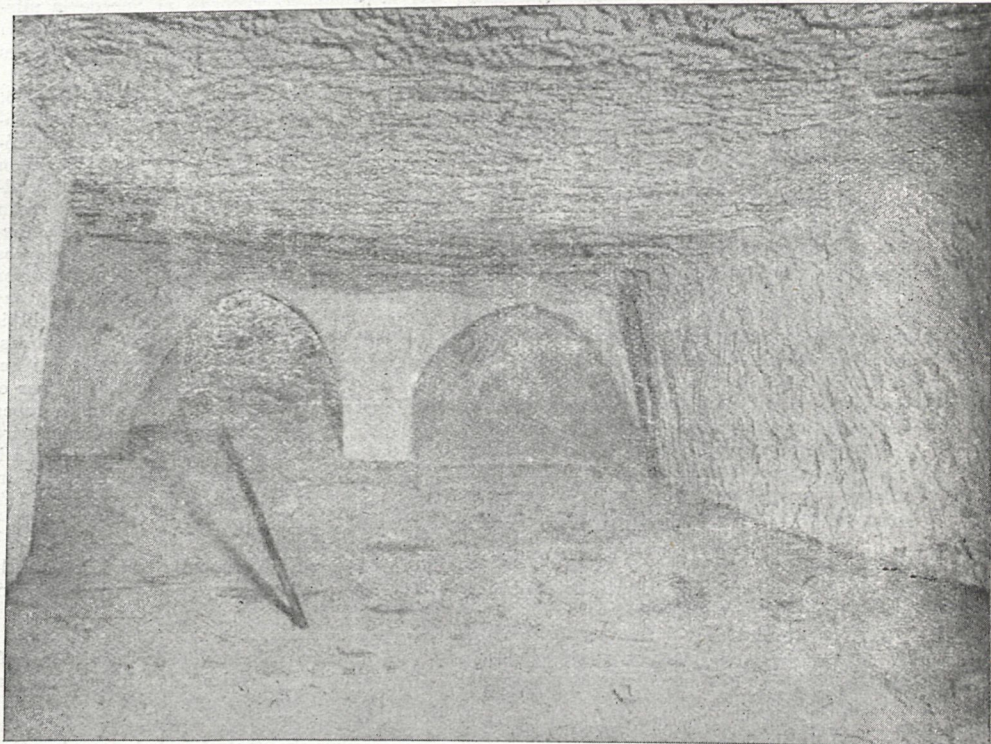
(1) «Relaciones histórico-geográficas-estadísticas de los pueblos de España, hechas por iniciativa de Felipe II».

vidan del origen mítico atribuido a Madrid, que le disputan Talamanca y Villamanta. Las tres pretendiendo ser la «Mantua carpetanorum» de Ptolomeo. Ningún fundamento hay para que la Mantua ptolemeica —dado que haya existido— se asentase en o cabe una de dichas tres villas en discordia, pero a ninguna de ellas le han faltado abogados.

El Conde de Mora, en su «Historia de Toledo», defiende a Madrid contra las pretensiones de Villamanta y Talamanca.

También en el dragón o vulgar culebra, como le bautizaba el buen pueblo, grabado en Puerta Cerrada, y que, según López de Hoyos, indicaba un simbolismo fenicio —el mito de Cadmo— (2), se hacía descansar el origen greco-troyano de la capital, y hasta se barajaba el nombre de su fundador: el Príncipe Ocno o Bianor, amigo del troyano Eneas e hijo del Rey toscano Tiberio y de la adivina-

(2) Otra puerta del antiguo Madrid ha aparecido relacionada, por su nombre, con los fenicios: la de Balnadú. Villanueva, en su «Iberia fenicia», sostiene que procede su nombre de «balim dub» (río consagrado a Baal). Cortés dice que deriva del latín «balnedum» o lugar de baños. Los que tomarían los madrileños en el río, al salir por ella.



La antiquísima cueva de los Vascos, en la vieja Titulcia.

dora Manto, que sería así el mismo a quien Virgilio atribuye la existencia y nombre de la Mantua latina. A la nuestra, para diferenciarla de su homónima, se la añadiría el aditamento de Carpetana o carpetanorum.

Otros dicen que nuestra capital se llamó originariamente Osaria o Ursaria (de «ursus», oso, o de «ur», fuego), bien por la abundancia de osos en los bosques circundantes, lo que nadie pone en duda, o por la riqueza en piedras ígneas, lo que también es cierto. A este respecto, Covarrubias y López de Hoyos hacen referencia a las murallas que rodeaban Madrid, construidas de piedra pederual, orgullo de sus habitantes y envidia de los extranjeros. Tal era «Madrid la Osaria, cercada de fuego y puesta sobre el agua».

Si los osos abundaban, bien pudiera ser ya entonces su escudo el actual de la Villa, pero los partidarios del origen «mantuano» dan por cierto que en él no flameaba un oso, sino un dragón legendario, también enseña mítica en las banderas greco-troyanas. El oso aparece indiscutiblemente, eso sí, en el escudo madrileño del siglo XII, acompañado ya del madroño a fines del XIII.

Ortega Rubio afirma que si nos atenemos a los datos geográficos de las Tablas de Ptolomeo —único autor antiguo, por otra parte, que cita a Mantua—, la situación de la troyana ciudad corresponde más bien a Villamanta o Talamanca que a Madrid (3). Hasta si se descomponen sus nombres hay parecido entre «manta» y «manca» y «mantua».

También la fábula aparece en la genealogía de los primeros reyezuelos. El dominico Juan Nanni («Annio»), autor de una «Historia de los tiempos antiguos y de los 24 primeros reyes de España», dedicada a los católicos en 1498, coloca entre sus fantásticos monarcas, que van desde Tubal a Gargoris, pasando por Gerión, a uno que nos afecta más de cerca: Tago, de quien afirma tomó su nombre el Tajo (4).

Si rechazar ninguna fuente, procuraré no confundir lo novelesco con lo histórico y evitar o reducir al mínimo varios de los problemas tan del gusto de autores y público del pasado y comienzos del presente siglo. Me refiero a las largas y estériles preocupaciones filológicas sobre el nombre de tal o cual población (5): si «Miacum» es «Miachinar» —río Miacó— con los árabes, y de ahí Miaci o Madrid; si la capital se llamó «Majoritem», por barbarismo, y entonces significaría lo mismo (mayor, grande) que «Miacum» y «Miagum» (del griego «mega», mayor); si Talamanca es «Mantua», por descomposición en «Theb», y «mantua» o «mantuca», significando igual que «Arman-tica», su otro nombre semifabuloso (del hebreo «Ar», monte o altura). A las discusiones bizantinas sobre la verdadera situación de una ciudad antigua, basándose en la interpretación de datos ofrecidos por textos no muy exactos: deducir la posición de Miacum, del «Itinerario Antonino», por las millas romanas con que figuraba separado de Segovia, Titulcia y Complutum (Alcalá de Henares). Y los pesados detalles y relaciones interminables de inscripciones romanas en restos de piedras, monumentos y lápidas: las eruditas obras de Hübner, Amador de los Ríos, etc., y aún las simplemente literarias de un Ponz, que así se adaptaba a la moda de sus días. Este último, por ejemplo, no comprendía una información sin dedicar las mejores páginas de ella a los restos romanos y a ensalzar las construcciones neoclásicas, injuriando lo que se consideraba en-

tonces modernismo disparatado y absurdo. Madoz dedicará siete páginas de su Diccionario (6) a resolver tan «sugestivas» preguntas como éstas:

- Antigüedad romana de Madrid.
- ¿Se conoció antiguamente bajo el nombre de Mantua?
- ¿Madrid procede de la primitiva población ibera?
- ¿Se llamó Madrid, en lo antiguo, Miacum?
- ¿Madrid se llamó Viseria en algún tiempo?
- ¿Se llamó Majoritum?
- ¿Se llamó Ursalia?
- ¿Posee algún monumento cierto calificación de anterior a la dominación romana?

\* \* \*

El gran bastión natural que es la Península se convierte en arma de dos filos. Si bien por un lado dificulta las invasiones, por otro impone enormes trabas, al menos a sus defensores de entonces, por estar subdividido en varios fortines y recintos, ya que ni la misma Meseta Central se ve libre de alturas. Esto explica las numerosas y endémicas invasiones sufridas, y al mismo tiempo lo difícil de arraigar los invasores. Fenicios y griegos puede decirse que no se asomaron al interior, Cartago no llegó a asentarse arriba de medio siglo. Hay que llegar a Roma para encontrar un verdadero triunfador material y espiritual.

Otros hechos geográficos, explicativos de históricos, son la posición francamente estratégica de la Península y, dentro de ella, de la Meseta Central. El primero hace de España centro de unión entre las civilizaciones mediterráneo-africanas y nórdicas, el segundo explicará la función absorbente y dominadora de Castilla respecto a las restantes regiones peninsulares. Como colofón observaremos que nuestra provincia es, a su vez, el centro geográfico y el meollo de la Meseta.

Lo que actualmente constituye la provincia de Madrid (7) formaba parte en tiempos primitivos del territorio dominado por la raza que surgió de la fusión de dos principales tribus invasoras, celta e ibera, ya que el centro de la Península lo poblaban los celtíberos, nombre bajo el cual se comprendían otros muchos pueblos, unidos en forma de Liga o Confederación en circunstancias adversas (la temida Confederación celtíbera ante el conquistador romano). Entre ellos se hallaban los carpetanos, que ocupaban nuestra provincia y territorios al Sur de la misma. La cordillera Central o Carpetovetónica indica, con su nombre significativo, quiénes eran sus antiguos vecinos.

Esto no es, ni mucho menos, saberlo todo, ya que ni siquiera hay plena seguridad sobre cuáles fueron las primeras razas históricas peninsulares. Parece ser que la opinión romana del triunvirato: iberos, celtas y celtíberos, es la que se ha impuesto, contra la también romana de cántabros, tartesios, saefos y camposos, y la de Humboldt, de que los autóctonos fueron los vascos. Aun dada por buena la opinión romana, quedan aún las discusiones sobre procedencia y características raciales de tales razas; así, para unos, estaban emparentados los iberos con los bereberes y tuaregs, entrando en España por el Sur; para otros, eran una raza indoeuropea invasora de la Península por el Norte; para los menos se trataba de misteriosos atlántidas llegados por el Oeste, etc. Tácito afirma tenían tez oscura, mientras Silvio Itálico nos habla de su semblante rubicundo y blanca piel.

Dos hechos, no obstante, hay ciertos en la Península: 1.º La diversidad española den-

tro de la unidad, y 2.º La existencia en su suelo de una civilización prehistórica y prerromana. Veámoslos someramente:

1.º La tierra española es diversa por naturaleza. Lógica consecuencia será, pues, lo diverso de su población. Pero si la raza española es producto de mezcla, ésta, no cabe duda, ha sido perfecta y prolífica, abundando en ella dos elementos: el ibérico —que nos trajo la cultura del vaso campaniforme— y el celta —que nos trajo la cultura de La Tène y Hallstatt. La savia racial de estos dos pueblos se impondrá, con su sello inconfundible, desde Viriato al Alcalde de Móstoles.

2.º Antes de las bien conocidas invasiones fenicia, griega, etc., existía, al menos en el Sur y Este de la Península, una civilización, y en el Centro, razas más atrasadas, pero no por ello menos arraigadas, hicieron frente o se fusionaron, a la larga, con las sucesivas inmigraciones primitivas que ocuparon partes más o menos extensas de España.

Ambos hechos se dan también en nuestra provincia. Sus ricos yacimientos prehistóricos, en cuyo descubrimiento tanto se debe a investigadores como Santa Olalla, Obermaier, Bosch Gimpera, Barradas, Fuidio, etcétera, demuestran la existencia de una cultura prerromana y, por ciertas características de los mismos, la de una fusión, en nuestro suelo, de civilizaciones dispares: europea y africana, celta e ibérica.

\* \* \*

La cultura prehistórica que en esta parte central de la Península perdura aun después de que las grandes civilizaciones, fenicia, griega y hasta romana, hayan aparecido e influido estéticamente en Levante y Andalucía, se extiende por las cuencas de los ríos —vías naturales de civilización—, siendo sus zonas favoritas las surorientales del Manzanares, Henares, Jarama, Tajuña y Tajo, los mismos lugares que luego elegirán los romanos: términos de Ciempozuelos, Titulcia, Chinchón, Colmenar de Oreja, Aranjuez, Perales, Tielmes, Carabaña, Orusco, Arganda, Campo Real, Loeches, Mejorada del Campo, Torrejón de Ardoz, San Fernando de Henares, Alcalá, Santorcaz... y muy especialmente las cercanías de Madrid, desde El Pardo a Villaverde. De este grupo centro-suroriental desertan, no obstante, Hoyo de Manzanares y San Martín de Valdeiglesias.

Una de las características de esta civilización prehistórica fue la preferencia por habitar en cuevas. La jurisdicción de Patones ofrece una caverna —cueva del Reguerillo— de gran antigüedad, si bien, hasta ahora, sólo parece tener un interés meramente natural o geológico. En Loeches, Carabaña y Tielmes (cerro de los Mártires) hay unas cuevas en las que aparecieron algunos objetos probablemente celtíberos. El término de Perales de Tajuña cuenta con otras más interesantes, cerca de la carretera que conduce a Tielmes, en el sitio conocido por «Risco de las cuevas». Tienen éstas una serie de orificios, nichos, formas irregulares y hasta pisos, que hacen presumir se trata de viviendas primitivas, tanto por los útiles hallados en ellas como por su similitud con las descubiertas en otros lugares de España y en los picachos de las Montañas Rocosas, los «Cliff-dwellers» estadounidenses (8). De alto valor arqueológico es, finalmente, la llamada cueva de los Vascos, en Titulcia, con su amplio interior de sala rectangular y curiosas cerámicas halladas en los areneros.

De casi todos los complicados y oscuros períodos prehistóricos se han encontrado restos en la provincia. De los dos grandes lógicos: Paleolítico (en sus diversas fases chelense, musteriense) y Neolítico, con su transición capsense, y de los diferentes metálicos: des-

(3) Ortega Rubio: «Historia de Madrid y de los pueblos de su provincia».

(4) Otros hacen proceder el nombre del río de las palabras fenicias «dag» y «gagi» (dagus, tagus), que significan pez y pesca abundante.

(5) Pellicer (Juan Antonio): «Disertación históricogeográfica sobre el origen, nombre y población de Madrid», 1803.

(6) Pascual Madoz: «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España». Madrid, 1847. Tomo X, págs. 1086 a 1092.

(7) La división de España en 49 provincias —hoy 50— fué decretada por las Cortes en 30 de noviembre de 1833.

(8) V. Salas: «La huella de España en los Estados Unidos». Publicación de la *Revista Geográfica Española*.

de el Eneolítico, en que el cobre se usa puro, hasta el final del Hierro, pasadas ya sus fases de Hallstatt y La Tène. Esto supone, nada menos, un paréntesis cultural que se abre allá por el tercer milenio precristiano y no se cierra, prácticamente, hasta la aparición de los romanos por nuestra Carpetania Ibérica

Muestra del Paleolítico, en su fase chelense, son los hallazgos en la llamada estación del Sotillo, que por algunos han sido bautizados de industria lítica «precapsiense», por su similitud con la de transición capsiese. De la fase musteriense, también han aparecido, y siguen apareciendo, restos en la cuenca del Manzanares, e igualmente han merecido denominación especial: la de «musterienses ibero-mauritanos», por sus claras influencias africanas que prueban un lazo de unión, en esta parte peninsular, de influencias europeas y africanas. Después de tales descubrimientos, y de los de El Pardo, puente de la Princesa, «tejares» de San Isidro, del Portazgo y Don Pedro, cerros de San Blas, Santa Catalina, la Gabia, etc., los alrededores de Madrid bien pueden presumir de su origen prehistórico. Hubo en ellos, sin lugar a dudas, poblados del primer período paleolítico o de la piedra tallada en tosco, que pueden codearse en antigüedad con cualesquiera otros de Europa, y, en España, quizás sólo aventajados en años —última y triste presun-

Bronce (2.500 a 2.000 a. de J. C.), «lo que se refuerza por el puñal triangular de sflex, espléndidamente trabajado, procedente de San Fernando de Henares», análogo a los encontrados en Los Millares y Portugal, que se sabe datan de aquel tiempo.

Pasada la cultura almeriense, saltamos al interesante momento en que se encuentran en la provincia las dos civilizaciones, ibérica y celta, dando el producto celtíbero. Restos de tales civilizaciones se hallaron en la «villa» romana de Villaverde y en el cerro de la Gabia, puente largo del Jarama, cerro de Almoerón y Navarredonda. Por los siglos III o II se mezclan a los elementos toscos celtas, de poblados fortificados al estilo de los castros gallegos, restos de cerámicas con motivos geométricos sencillos, de influencia ibérica posthallstática.

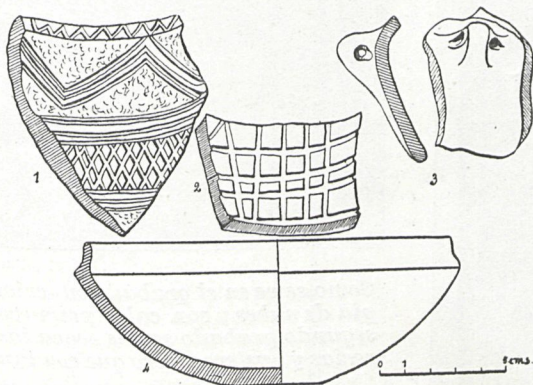
Momento tan curioso y fundamental de la formación del producto celtíbero ha dejado huella en la provincia. Dentro del término de Chinchón se descubrieron vestigios ibéricos en el cerro del Salitral (confluencia del Tajuña y Valdeaspozos), eras del Monasterio, entre aquel cerro y Casasola, y cerca del castillo de este nombre, en el cerro de la Horca, donde aparecieron, en una cueva, utensilios domésticos, piezas de cerámica y otros de confección primitiva. En Hoyo de Manzanares, según Madoz, se hallaron unas sepulturas, «hechas en la roca viva», y Cantó deta-

estos últimos momentos de la Edad del Hierro. No muy lejos de los toros de Guisando, y probablemente en íntima relación con ellos, están los cerros de Navarredonda y Almoerón, en término de San Martín. En ambos se han descubierto restos de construcciones celtas, así como de cerámica estampillada, y en el segundo, de primitivas murallas, necrópolis y calzada.

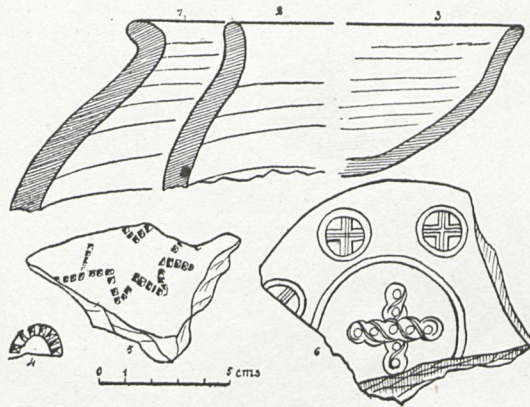
\*\*\*

Deducir de los restos prehistóricos aparecidos la existencia prehistórica o más bien prerromana de las villas que hoy se levantan en sus inmediaciones, es estúpido, pero no lo es, en cambio, el presumir que nuestra provincia contaba con una cultura, aunque rudimentaria, y con algunos poblados fijos y hasta fortificados en sus cerros, antes de que los romanos dominasen todo con su gran civilización.

Son los días en que la fusión celtíbera se ha realizado, cuando la provincia de Madrid formaba parte de la región llamada Carpetania («Karpetanoi», de Polibio), sobre cuyo nombre y posible origen céltico o ibérico tratan Hübner y Schulten (11). Sus habitantes eran los carpetanos («carpetani», «carpesani» o «carpesii» de Tito Livio), guerreros de profesión y medio nómadas, viviendo a veces en cuevas, ya que no gustaban de las aglomera-



Cerámica de la época de La Tène (Puente de la Reina, en el Jarama).—1 y 2, dibujos interiores; 3, asa; 4, reconstrucción.



Cerámica de la época de La Tène (S. Martín de Valdeiglesias, cerro de Navarredonda).—1 a 3, bordes, 4 a 6, estampillado.

ción de las piedras y de los viejos— por el yacimiento de la estación de Torralba, exhumado por el Marqués de Cerralbo.

A la cultura del Eneolítico, cuando el bronce hace su aparición y los vasos tienen forma campaniforme, pertenecen los hallazgos de Ciempozuelos y los yacimientos de Vallecas, arenosos de los Vascos (Titulcia), de San Pedro (Villaverde Bajo) y de Aranjuez. En la cerámica de los Vascos se nota ya el final del Eneolítico y la transición del vaso campaniforme a la próxima cultura almeriense.

Esta cultura almeriense, de tífico sabor africano, con sus puntas de flecha triangulares, cerámica lisa, enterramientos en simples fosas, chozas de forma generalmente oval, se extiende por el Júcar y el Tajo buscando el interior peninsular y se asienta, de paso hacia el Duero y el Ebro, en el valle del Manzanares —tejar del Portazgo, de Don Pedro, cerros de San Blas y Santa Catalina—. Dos problemas ha planteado esta cultura que irrumpe en la provincia madrileña: itinerario seguido y encasillamiento cronológico. En cuanto al primero, bien pudiera haber seguido el camino acuático Júcar, Guadiana, Tajo, Jarama, Henares, Manzanares, señalando Santa Olalla a la Sierra Ministra como punto de enlace entre esta cultura almeriense de las cuencas madrileñas y la de las del Ebro y Alto Duero. Respecto al segundo Fuidio deduce que nuestra típica fase almeriense hay que colocarla a comienzos de la Edad del

lla, modernamente (9), que saliendo por la carretera de Colmenar, como a un kilómetro, se encontraron en «una finca, cuya puerta ostenta unos leoncillos, dos sepulturas de origen celta (?), una de ellas muy bien conservada». En el cerro de la Gabia (pasado el arroyo de este nombre, orilla izquierda del Manzanares, frente al también cerro de Santa Catalina) aparecieron restos de poblado y cerámicas de los dos tipos: de fondo liso —celta— y de dibujo geométrico con círculos concéntricos o enlazados y rayas onduladas de sabor ibérico, lo mismo que en Titulcia. Junto al vado del puente largo del Jarama, cerca de Aranjuez, se han hallado muchas e interesantes vasijas posthallstáticas, unas en cerámica lisa y otras con incisiones geométricas. Por último, pastando en tierras abulenses, pero rozando casi la parte Sudoeste de nuestra provincia, a unos cinco kilómetros de San Martín de Valdeiglesias, cerca del Monasterio de Guisando, se encontraron los misteriosos «toros» de piedra, similares a otros muchos diseminados por toda España y bautizados con distintos nombres de animales. Nos recuerdan las tumbas de los Mings. Dieulafoy les relaciona con los leones de Albistán (10) y su natalicio parece remontarse a

(9) Antonio Cantó: «El turismo en la provincia de Madrid».

(10) Marcel Dieulafoy: «Espagne et Portugal».

ciones urbanas, se contentaban, a lo más, con humildes caseríos, similares a las actuales aldeas serranas, y si se reunían en grandes masas era con carácter transitorio y fines belicosos (12). No obstante, en la época de la conquista romana, formaban ya conglomerados urbanos y se cree tuvieron por capital a Toletum (Toledo). Su estrategia preferida era la que hoy se denomina de «guerrilla», la misma de sus hermanos de raza los celtíberos y españoles en definitiva. La emplearon con éxi-

(11) Los límites de la Carpetania se desconocen con exactitud. Hübner dice empezaba en el Tajo, hacia el Norte, «dimitando al Sur con los turdetanos y oretanos; al Oeste, con los vetones; al Este, con los celtíberos, y al Norte, con arevacos y vacceos, siendo atravesada por el Tajo». Schulten señala como su punto más norteño, fronterizo, la ciudad de Segontia (Sigüenza), que, al parecer, fué depósito de armas y municiones celtíberas. Y Cean Bermúdez, por no citar a más historiadores, hace llegar la Carpetania, por el Sur, hasta el campo de Montiel (Laminianus Ager), pasando por Yepes (Ispinum), Consuegra (Consaburum) y los ojos del Guadiana. Nuestras sierras del Guadarrama y Somosierra (Ioga carpetana) la limitaban al Norte.

(12) Conferencia de Blas Taracena. *El Sol*, 2 de marzo de 1930.

(Sigue en la pág. núm. 74)

